

**REFLEXIÓN DE UN NO CRISTIANO SOBRE LA CONFERENCIA DEL CARDENAL JAN WILLEBRANDS PRONUNCIADA DURANTE EL CONGRESO DE ABADES BENEDICTINOS, EN 1970<sup>368</sup>**

En primer lugar he de agradecer que se me haya facilitado con anticipación la exposición del Sr. Cardenal Willebrands, y me siento muy complacido de poder aportar mis pensamientos sobre ese discurso, pronunciado en la reunión de los abades benedictinos de todo el mundo, si bien partiendo del punto de vista de uno que no se profesa cristiano.

Los monasterios forman un conjunto singular, observación que podría conducir a la opinión de que la vida monástica se aparta de lo común de la vida eclesial. Pero hondamente me impresionó lo que dijo el Sr. Cardenal, que el monasterio es una “eclesiola” estrechamente ligada con la vida de la Iglesia, el cuerpo místico de Cristo. En ella se incrementa, en efecto, la íntima relación con Cristo el Señor. Erróneamente creen algunos, que esos monasterios, plantados en la soledad, están cerrados al mundo y no tienen nada en común con las Iglesias de las ciudades populosas e intranquilas. La definición de “eclesiola” supera esa opinión.

Luego sigue el Sr. Cardenal evocando el importante aporte humano de los monasterios a través de la historia. De ellos procedían olas o movimientos de renovación espiritual. Ellos eran notables centros de estudios de la Sagrada Escritura y teología, al mismo tiempo que daban origen a escuelas primarias y superiores; fomentaban el arte, las ciencias, la agricultura y la artesanía.

El Sr. Cardenal mencionó la autarquía de las antiguas abadías benedictinas. Lo mismo se pudo observar en los monasterios Zen de Corea; también ellos se autoabastecían económicamente desde antaño. Y esa independencia contribuyó a que el Budismo coreano haya logrado conservar su tradición siquiera durante los años de la persecución de la Dinastía Y (1392-1909).

Después de la crisis de las instituciones eclesiásticas en la época de la Reforma Protestante, volvieron, también en Occidente, a descubrir los valores de la meditación religiosa (de la vida contemplativa). En consecuencia se dio ese fenómeno de la renovación de la vida monástica, durante el siglo pasado, en el cual la RB desempeñó un gran papel. Para el movimiento ecuménico, cuando recién empezaban a acercarse los católicos y los protestantes, las abadías benedictinas fueron puntos importantes de relación.

El Sr. Cardenal demostró luego que los principios de la vida monástica anteceden al tiempo del cisma entre Occidente y Oriente. Las fuentes de la tradición monástica se hallan más bien en Oriente. A pesar de la ruptura continuó, en realidad, un misterioso intercambio espiritual basado en la alabanza de Dios. Considerando que el origen de la “Dyana” y “Zen” (Vida de meditación budista) antecede a la división entre *Hinayana* y *Mahayana*, creo descubrir allí algunos puntos de comparación.

El Sr. Cardenal previene sin embargo, que el aislamiento monástico no limite espiritualmente las relaciones ecuménicas. Tal apartamiento no provendría del auténtico espíritu monástico, más bien habría que atribuirlo a la falta de conexión con la vida de la Iglesia. La vida monástica de una comunidad fundada en el espíritu de la vida contemplativa, llegará necesariamente a propulsar el movimiento ecuménico. De modo similar se expresan los budistas: que el monje iluminado a través de la meditación Zen, comprenda que el “yo” y el “tú” no son dos cosas sino una sola realidad, y deberá partir de tal punto animosamente hacia la realidad.

---

<sup>368</sup> Tradujo: P. Menrado Hux, osb. Monasterio de Los Toldos (Buenos Aires - Argentina).

Cuando los teólogos se perdieron en discusiones sobre conceptos y palabras y peligraba la vida espiritual, los monjes lograron reanimar la misión religiosa con renovada vitalidad. De semejante manera nació el monaquismo Zen en China, como movimiento reformador, en un momento en que, para las masas, el budismo escolástico había perdido su atracción.

Me convenció también la consideración del Sr. Cardenal Willebrands de que los monasterios no han de darse solamente a la meditación y contemplación, sino que deben colaborar activamente en el servicio de los hombres. Yo sé que los benedictinos, siguiendo su lema “Ora et labora”, desde su fundación, han aportado importante servicio y labor a favor de la humanidad. Sin quitar nada a esta alabanza sobre la unión entre trabajo y oración en la vida religiosa de los benedictinos, quisiera poder constatar resultados más palpables. Acéptese esta palabra franca como dirigida en primer lugar a los benedictinos de Corea que ahora están por arraigarse en el país.

Concuerdo, además, con el Sr. Cardenal, quien desea que en el momento actual se preste el servicio al hombre a través de las esferas superiores de las ciencias económicas y sociológicas y se ayude a la sociedad a través de la antropología cultural. Creo que en la era del progreso de los medios de comunicación para las masas y del amplio intercambio mundial, hasta tal punto que el mundo parece haberse vuelto una aldea, no hay derecho a rezar para sí solo tras los muros infranqueables del claustro. No es opinión exclusiva del Sr. Cardenal Willebrands que hoy, más que nunca, se deberá fomentar el servicio activo para el prójimo, cuando el país vecino ya no parece más que la casa del vecino. O, que tampoco los monasterios Zen de Corea se preocupen solamente por su autarquía, que viene a ser el servicio de sí mismos, sino que vean las necesidades del mundo que sufre las incertidumbres y crisis del cambio vertiginosamente acelerado, y rivalicen con los monjes benedictinos en el servicio que presten a la sociedad. La participación activa en ese servicio que se brinde a la sociedad pondría más en claro el rumbo del movimiento ecuménico y lo fomentaría eficazmente.

Si el Sr. Cardenal, finalmente, habló sobre la importancia del diálogo con “el otro” y lo subrayó de una manera enfática, no puedo sino aplaudirlo sinceramente. Pero quedé un poco decepcionado al ver que el ámbito de “los otros” se circunscribía a los cristianos no católicos. De esa manera descuidamos las necesidades de los pobladores de la propia aldea a la que se ve convertido el mundo viejo. Si comparamos el número de los seguidores del cristianismo con el de la población mundial, ¿podemos aceptar que “los otros” se restrinjan solamente a los pertenecientes a las iglesias cristianas? El Concilio mismo reconoció que también las otras religiones pueden transmitir de algún modo verdades valederas, y es por eso que el diálogo no puede limitarse a los cristianos no católicos. Que se abran las puertas. Se ha rectificado (completado) la formulación dogmática de Tertuliano: “Fuera de la Iglesia Católica no hay salvación”. Eso me da ánimo para proponer mi deseo íntimo de que el ámbito de los participantes en el diálogo se extienda también a las religiones no cristianas.

Ciertamente, el Sr. Cardenal Willebrands, en el Congreso de Abades, logró poner de relieve la importancia que tenía para el movimiento ecuménico aquella oportunidad de diálogo. Y se comprende fácilmente que él, como jefe del “Secretariado para la unidad de los cristianos”, haya enfocado solamente el diálogo con los “hermanos no católicos”. No obstante, me habría gustado que hubiera mirado más ampliamente, y que hubiera advertido a los abades benedictinos, aunque brevemente, de la presencia de participantes en el diálogo, procedentes de otras religiones.

*Buddhistischen Universität  
Seoul - Corea*